



Eucaristía de la Asunción de la Virgen, Basílica de Santa María, de Elche

Con enorme alegría nuestra Iglesia, congregada en este lugar, celebra la Asunción de María al cielo. Tras vivir ayer tarde la primera parte del Misteri y acompañar esta mañana la imagen de María por nuestras calles, desemboca nuestra celebración en la Eucaristía de la Festa.

En el Misteri se visualiza parte de lo que narran antiguos relatos sobre los últimos días de la Virgen, de cómo, mientras se acerca el día del final terrenal de la Madre de Jesús, son advertidos los apóstoles, dispersos por varias partes del mundo, y estos acuden junto a María. Se recomponía, de alguna manera, la escena de Pentecostés, cuando los discípulos se encontraban en el Cenáculo y “perseveraban en la oración con María” (Hch 1,14). Ahora vuelven a su alrededor. El milagro de Pentecostés no se había detenido. También hoy, con la ayuda de la representación del Misteri, nuestra asamblea litúrgica tiene reflejos de Pentecostés, al venir junto a María discípulos procedentes de diversas tierras que, convocados por el Espíritu que Jesús sigue enviando, reviven su fe y despiertan sus más nobles sentimientos cerca de María.

Los que celebramos la fiesta de hoy y, además tenemos la gracia de celebrarla en esta Iglesia Basílica, tenemos la ayuda de las representaciones del Misteri para recordar el último tramo del viaje vital de María que se inició inmediatamente después, de la Anunciación, inmediatamente después de su sí a Dios, de la aceptación de su voluntad. Después de ese sí, como hemos escuchado en el Evangelio de hoy, “María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá” (Lc 1,39).

En aquellos días, como acabamos de oír, María se encaminaba de Galilea hacia una pequeña ciudad cerca de Jerusalén, para ir a servir a su prima Isabel. Hoy, en su Asunción, la vemos encaminarse hacia la montaña de la

Jerusalén celestial para encontrarse, finalmente, con el rostro del Padre y de su Hijo, con el amor de su vida. Hay que recordar que María, y esto es muy importante, en todo el viaje de su vida, en su corazón, no se separó de su Hijo. El mismo inicio de la representación del Misteri así lo testimonia en cuanto es una preciosa expresión de como Ella, María, ansía estar con el Señor, de como Ella le añora, de cómo su deseo más profundo es estar plenamente con Él. El deseo, sostenido por la gracia, la condujo a Él; como en nuestra propia vida, el deseo de Dios, el ansia de Él, sostenido y guiado por su divina gracia, a Él nos lleva y conduce.

Hoy, pues, la vemos y la celebramos llegando a Él, como con fuerza simbólica nos recordaba –expresando la glorificación- la primera lectura: “vestida de sol, con la luna bajo sus pies y tocada con una corona de doce estrellas” (Ap 12,19), y entrando en el cielo, en la Jerusalén celestial. Ella fue la primera que, como madre, acogió la palabra de Dios, es la primera que es plenamente acogida en el cielo. Fue la primera que tomó en brazos a Jesús niño, ahora es la primera que es tomada en los brazos del Hijo, en su gloria. Es el misterio de María, pero también de todos nosotros, el misterio de la historia, pues por el camino de la Asunción que abrió María se encaminan también los pasos de todos aquellos que unen su vida la Hijo, del mismo modo que lo hizo María. Las páginas de la liturgia de hoy nos sumergen en este misterio de salvación.

La Asunción de María al cielo con el cuerpo nos habla de nuestro futuro: también nosotros estaremos con el cuerpo al lado del Señor. Con la fiesta de hoy –con lo que celebramos- se podría decir que empieza la victoria plena de la Resurrección. Y así el Magníficat de María –que también hemos oído en el Evangelio de hoy- puede ser nuestro canto, el canto de la humanidad que ve como el Señor se inclina misericordioso ante hombres y mujeres, humildes criaturas, y los asume consigo al cielo.

Hoy, junto a la humilde mujer de Galilea, María, sintamos el Magníficat de todas aquellas mujeres a las que nadie recuerda, –“descartadas”, diríamos con palabras del Papa Francisco-, las pobres mujeres aplastadas por el peso de la vida y por el drama del olvido y la violencia, y que finalmente se sienten abrazadas por la misericordia infinita de Dios, por sus manos cariñosas y fuertes de Padre que las elevan y las llevan al cielo. Pidamos, por intercesión de María, por la asunción de las mujeres niñas obligadas a trabajos inhumanos y víctimas de hambres y guerras, pidamos por la

asunción de las adolescentes y jóvenes educadas sin padres y sin Dios, por la asunción de tantas madres y abuelas aparcadas, de hecho, como objetos, en casas y asilos, sin tan siquiera el calor del recuerdo de hijos y nietos por los que se agotaron y gastaron sus vida. Pidamos para que nuestro buen Dios, en su misericordia cantada por la Virgen en el Magnificat, colme de bienes a las mujeres necesitadas de pan y de amor, de amistad y de ternura, para que se sientan llamadas a participar en la Asunción de María.

Al final del Misteri, además de dejarnos envolver y emocionar por el canto del Gloria, nos quedamos todos mirando al cielo. No olvidemos, así, la meta del peregrinaje de nuestra vida, que es estar con el Señor, con Dios, como Ella, como María. Hoy, la Asunción de María, es fiesta de nuestra esperanza. Ella nos ha precedido. Ella, madre nuestra, nos espera junto a Jesús. Amén.



✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.